

Rafael Reig

LA CADENA TRÓFICA

Manual de literatura para caníbales II

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
LA CADENA TRÓFICA
Manual de literatura para caníbales II

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2016

© Rafael Reig, 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-353-0
Depósito legal: B. 20.324-2016
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Introducción	13
Tema 1. La sublevación de los ornitorrincos	15
Tema 2. La paciencia de los paquidermos	53
Tema 3. El albatros a pie	101
Tema 4. La estrategia de las termitas	153
Tema 5. La brevedad del alción	175
Tema 6. Cernícalos de rapiña	225
Tema 7. El abrazo de las anacondas	263
Tema 8. Las criaturas monstruosas	285

Encima de la mesa

Me llamo Benito Belinchón y soy el último de mi sangre sobre la tierra.

Mi madre me enseñó a leer a los cinco años. Después, durante mi vida embarcado, me eduqué por mi cuenta y me hice con multitud de lenguas, aunque la primera fue el indispensable *patois-sur-mer*, esa *lingua franca* en la que uno se puede entender en cualquier puerto del mundo. Luego adquirí el inglés corsario, el francés de Marsella, el lacónico alemán de los submarinos en inmersión y otros muchos idiomas.

Ahora, demasiado tarde, me arrepiento.

La maldición del alfabeto cayó sobre los Belinchones hacia 1820, cuando por primera vez en la historia un Belinchón, Agustín Belinchón Cerralbo, aprendió a leer y escribir. A partir de ahí, doscientos años de soledad, seis generaciones, dos siglos de escritura que ahora desembocan en mí: el resto será silencio.

Agustín Belinchón Cerralbo nació en 1817; el siglo XIX, en España, nació en 1808, gracias a la invasión francesa. Los ejércitos de Napoleón impulsaron la sociedad burguesa y dieron forma a esas dos Españas que aún siguen enfrentadas: los que gritaban «¡Viva la Pepa!» y quienes respondían «¡Vivan las caenas!».

A los veinte años, en su casa le seguían llamando Tinín, y eso él no lo podía sufrir.

Corría el siglo XIX y sin embargo la existencia de Agustín se desplazaba al ralentí. ¡Tardaba tanto en transcurrir la juventud!

¡Oh, si él pudiese hacerse un hombre de golpe y porrazo! ¡Ah, si lograra alcanzar la mayoría de edad en un periquete! ¡Uh, si se desprendiera del estorbo de los años mozos como quien suelta lastre para ascender más deprisa! Oh, ah, uh, pero qué va: el insufrible ralenti belinchónico era como una carrera de sacos, en esa familia se iba pisando huevos desde el punto de vista intelectual-biográfico, y Agustín se desesperaba como un globo cautivo anclado al comercio de paños de la calle Mayor, a la mesa camilla y a las labores de costura.

Agustín Belinchón había vivido feliz mientras permaneció inmerso en esa fantasía que a menudo se apodera de los niños más optimistas: tenía la certeza de no ser de su familia.

Para él estaba claro que Casimiro Belinchón, el comerciante de paños, no podía ser su padre. Ni su mujer, Carolina Cerralbo, su madre. Que aquellas criaturas analfabetas le hubieran dado el ser, como ellos pretendían, era una imposibilidad tan manifiesta que le daba risa solo de pensarlo. Su auténtica personalidad, su ser-en-sí, no podía tener nada que ver con la tienda ni se merecía que le llamaran Tinín. ¿Tinín? ¡Tinín! ¡Hasta ahí podíamos llegar, hombre!

Esta situación había hecho incómoda su vida diaria. Le repercutía. Se trataba de un malentendido que no tardaría en aclararse, pero ¿y mientras tanto?

¡Paciencia y barajar! Algún día la niña Isabel sería reina de España y Agustín se reencontraría por fin con sus verdaderos orígenes. Mientras tanto, la nación se resignaba a la regencia de María Cristina; y Agustín, a llamar «padre» y «madre» a aquel amable y anodino matrimonio. Los trataba con cordialidad, aunque a prudente distancia, para evitarles sufrimientos el día que se descubriera la verdad.

Él la había descubierto en 1828, a los once años, la primera vez que se vio de espaldas usando dos espejos enfrentados. En su nalga derecha encontró una marca de color vino, un antojo en forma de media luna en cuarto menguante, como una letra ce. Estaba harto de leer casos parecidos en las novelas por entregas. Debía de ser el hijo de algún enigmático aristócrata que

volvería para reclamarle: ¡y aquella señal serviría para reconocerle! «¡Oh, padre!», diría entonces. «¡Hijo mío!», respondería el elegante desconocido, quitándose de un manotazo ese antifaz que acaso llevaría puesto.

¿Por qué había sido entregado, de entre todos los posibles hogares adoptivos, a los Belinchón-Cerralbo? Agustín no se sentía capaz de soportar el trato con los clientes ni la trastienda, con la mesa camilla y la bujía encendida, donde su sedicente madre cosía y su sedicente padre fumaba y comentaba los últimos rumores de Gómez, el cabecilla carlista que mantenía en jaque al gobierno. ¿Qué le importaba a él Gómez? ¿Qué se le daban a él los ovillos de su madre, las agujas de tejer y aquel huevo de madera para zurcir calcetines?

Había decidido consagrar su vida a la literatura, ¡ahí quedaba eso!

Tenía sabañones y esperanzas, tenía ambiciones, hemorroides y orejas de soplillo; creía en la metempsicosis, en el matrimonio y en la reforma gradual de la sociedad; y pasaba mucho frío: más de una noche tuvo que ponerse sus inacabadas *Obras completas* entre la camisa y el cuerpo para conservar algo de calor.

Ignacio Corcuera era su mejor amigo, su hermano en la batalla por el Parnaso, su alma gemela.

Esa tarde de febrero paseaban por el Retiro. Ignacio le acababa de recitar su *Oda al caparazón de los insectos*. Agustín la había calificado de sublime.

—Aún digo más: es imperecedera, compañero —añadió.

Para celebrarlo bebieron otras dos rondas de aguardiente. Después, Ignacio le fue alejando del centro, andando a trompicones hacia el albañal de Cuatro Caminos.* Atravesaron calles oscuras y desempedradas hasta que dieron en una meseta con

* El Ensanche creó hacia 1860 el barrio de Cuatro Caminos. El eje central estaba constituido por el camino de Francia o carretera de Irún, hoy calle de Bravo Murillo. Antes de que llegaran las familias de obreros emigrantes estaba poblado por matuteros, conejeros de la caza furtiva de El Pardo y demás gente de la busca, por no mencionar a las mujeres de vida airada y a esos literatos que acudían para «capturar impresiones», según afirmaban.

arbustos y bancos de madera habilitados como dormitorios. Golpeó con los nudillos en la puerta de una cabaña.

—¿Quién vive? —Aquella voz arañaba la carne como el filo de un cuchillo.

—Gente de paz.

El oscuro interior parecía una cavidad bucal saqueada de dientes. Había media docena de mesas de madera y un cochambroso mostrador con un anaquel de botillería. Dos mujeres jóvenes se embriagaban con terquedad de herbívoros, acodadas en una mesa, sentadas en taburetes cojos. En otra mesa había unos individuos que parecían flamenquistas o mozos de espadas, con patillas de boca de hacha y sombrero cordobés. La tabernera trajo una frasca de aguardiente y los dos amigos brindaron por la inmediata comparecencia del porvenir.

—Que venga hoy mismo el día de mañana —reclamó Belinchón.

—¡Que suceda nuestra gloria! —suplicó Corcuera.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir esperando lo que no se nos debe?

Por retazos que escucharon de la conversación de la otra mesa, se dieron cuenta de que aquellos maleantes imitaban el acento andaluz.

¿Qué clase de seres humanos, sus semejantes, podían perder hasta tal punto el propio respeto como para intentar parecer andaluces sin serlo siquiera?

—¿Estamos en los bajos fondos, Ignacio? —preguntó Agustín atemorizado.

—Cabal. Esto que ves ante ti es el pueblo, ese pueblo al que vamos a llevar la luz de la Razón por medio de nuestras obras inmortales. Míralos, míralos: he aquí esos ciudadanos felices y benéficos.

—Parecen un tanto cuanto embrutecidos. Será el oscurantismo.

Ignacio y Agustín era *ilustrados*, herederos de la tradición de los enciclopedistas franceses. Formaban parte de un proyecto gigantesco, formidable, heroico. Sus predecesores se habían de-

dicado a acumular información y a ordenarla para que revelara su sentido y su organización interior. Habían hecho inventario de la realidad para que se volviera inteligible y así explicarla a la luz de la Razón. El emblema de aquella titánica empresa era la Enciclopedia: el mundo entero puesto en orden alfabético.

Durante todo el siglo anterior, el XVIII, los ilustrados habían recorrido el planeta coleccionando objetos y noticias, desde fósiles a papiros, desde monedas a sarcófagos, semillas, huesos o utensilios domésticos. Habían aprendido lenguas muertas y pintorescas y luego habían elaborado gramáticas y diccionarios. Lo habían ordenado todo en anaqueles de bibliotecas, vitrinas de museos, tratados de botánica, historia natural y astronomía, y así iban a conseguir dar una explicación exhaustiva y organizada de la naturaleza, la historia y la sociedad. El universo pasado a limpio con buena letra.

La literatura estaba llamada a desempeñar una función de utilidad social decisiva: ilustraría a las masas, les revelaría la verdad y el sentido último de sus existencias. ¿Cómo? Pues sin ir más lejos, gracias a esa *Oda a los beneficios de la agricultura* que Belinchón tenía a medio escribir. Una vez terminada, el vulgo aplaudiría boquiabierto. Aún decía más: se retorcerían de gratitud. Los labradores escucharían absortos, embelesados, con admiración y reverencia, comprendiendo por fin, gracias a Tinín Belinchón, el sentido verdadero de sus propias y humildes tareas cotidianas. Agustín recorrería entonces pueblos y aldeas para recibir la ovación de rústicos atónitos, así como la de los más cultos, pues su obra cumplía todos los mandatos de la preceptiva clásica.

De pronto, precedidos por un estrépito que sobresaltó a los dos amigos, entraron en la negra garganta de aquella botillería varios hombres con pelo largo y pantalones ajustados. Venían ya bastante borrachos. Uno de ellos, con el cabello endrino y peinado con raya al medio, se movía a saltitos, como un gorrión cuando anda sobre el suelo.

—¡Es Espronceda! ¡Es el Poeta! —le reconocieron las obstinadas bebedoras.

—¡La Partida del Trueno! —anunció uno de los fraudulentos cordobeses.

Se refería a la pandilla que reunía a Espronceda y otros, entre ellos Ros de Olano o el general Fernández de Córdoba,* en el Parnasillo.** Allí calentaban motores y después se iban a recorrer Madrid para enredarse en sus «desenfrenados placeres y crapulosos festines».

Las bebedoras obcegadas se sentaron a la mesa de los jóvenes amigos ilustrados, para estar más cerca de Espronceda. Una dijo llamarse Esperanza Navascués; la otra, Isabel Gómez. Ambas dijeron ser costureras y, por encima de todo, honradas.

—Como la que más —precisó Esperanza.

—Más honradas que un tapete de hule —confirmó Isabel.

—A mí se me puede llamar Esperancita. Este joven poeta, Espronceda, ha visto el cadáver de la mujer que amaba —explicó Esperancita.

—¿Besó sus labios? ¿La tocó? ¿La hizo suya en estado fiambre? —preguntó Corcuera.

—¡Quia! Pero qué borrico eres —le regañó Agustín.

—Pues se dice que Cadalso sí que lo hizo. Desenterró a su amada y se coitó el cadáver —informó Corcuera.

—¡Barástolis, qué hotentote! —se escandalizó Belinchón.

—¡Qué romántico! —se entusiasmó Esperancita Navascués—. Eso sí que es pasión.

—Igual que Espronceda. —Isabel se palmoteó los muslos.

Corcuera recitó un fragmento de las *Noches lúgubres* de Cadalso:

* Militares españoles. Durante la primera mitad del siglo XIX, en España, los militares solían ser liberales. En las novelas, siempre que aparecía un militar o un ingeniero, era progresista. Los curas en cambio representaban (igual que ahora) a las tenebrosas fuerzas del oscurantismo.

** Así se llamaba a la tertulia romántica que se reunía en el Café del Príncipe, anejo al Teatro del Príncipe (luego Español). Los realistas se reunían en el llamado «Bilis Club», en la Cervecería Escocesa de la Carrera de San Jerónimo. En los años ochenta del siglo XX hubo otro Parnasillo en Madrid, en la calle San Andrés, al que acudían los plumíferos nacidos en los sesenta (Orejudo, Azpeitia, Reig y otros) a capturar impresiones y a saciar lo que Keynes llamaría su (acentuada) «preferencia por la liquidez».

Pronto volveré a tu tumba, te llevaré a mi casa, descansarás en un lecho junto al mío: morirá mi cuerpo junto a ti, cadáver adorado, y expirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

—Pues bonito panorama —se asombró Belinchón.

—A mí me parece muy romántico —aplaudió Esperanza—. ¡Amor! ¡Muerte! ¡Fuego! ¡Destrucción! ¿Qué más se puede pedir?

—Es casi Espronceda: ¡Oh, sepulcros! ¡Ah, cementerios! ¡Ay, fatalidad amada!

Agustín Belinchón se escandalizaba. ¿Espronceda? ¿Quién era ese individuo? ¿Un ornitorrinco acaso? ¿Por qué le hacían tanto caso a semejante saltimbanqui? ¿Qué nueva majadería era eso del Romanticismo?

«Yo nací *en route*», le gustaba repetir a Pepe Espronceda cuando le daba por hacerse el cosmopolita, aunque la verdad era bastante menos exótica: su madre se había puesto de parto camino de Badajoz, en un lugar llamado Pajares de la Vega. Al niño lo bautizaron en Almendralejo.

Cuando ejecutaron a Riego, Espronceda tenía quince años y sentía los mismos deseos que cualquier niño a esa edad: formar parte de un club sin que se enteraran los mayores, tener un carnet con foto y ver de cerca a una mujer desnuda.

A su debido tiempo lo consiguió casi todo* y se convirtió en el cabecilla de los románticos: era un hombre con suerte, siempre navegó con viento de popa, como decimos los marinos.

A los quince años decidió vengar la muerte de Riego y para ello fundó una sociedad secreta, Los Numantinos. Había nacido de pie, porque logró incluso que le encarcelaran, que es a lo máximo a lo que aspira cualquier chaval a esa edad.

Su padre le sacó enseguida del convento de Guadalajara en que le habían confinado y donde el chico había aprovechado para escribir un poema épico y soporífero titulado *Pelayo*.

* Salvo el carnet, que no obtuvo ni siquiera con un daguerrotipo.

—No podemos seguir así —les anunció a sus amigos al volver a Madrid—. Por este camino no vamos a ninguna parte. Ojo a lo que os aviso, yo me voy a hacer romántico ahora mismo, como Lord Byron.*

—Tú has estudiado en el colegio de la calle Valverde, Pepe, no es lo mismo: el cojo inglés era Lord, no sé si te das cuenta.

—Tiempo al tiempo.

Y dicho y hecho. Se exilió, luchó en París en las barricadas de julio de 1830, al lado de su amigo Balbino Cortés. Balbino fue herido, se quedó cojo y recibió una pensión vitalicia del Gobierno francés. Espronceda en cambio siguió con su buena estrella: intentó derrocar al tirano Fernando VII con la expedición del coronel De Pablo, al que llamaban «Chapalangarra». Cruzaron la frontera y entraron en combate. Chapalangarra perdió la vida en la incursión, pero Espronceda volvió a las andadas con viento portante.

Tras la amnistía del 32, regresó a Madrid. Se fue a vivir con su madre, en la calle San Miguel, y le puso piso a su amante, Teresa Mancha, en la misma calle, dos portales más abajo.

—Pepe, chavalote, qué desfachatez, menudo cuajo tienes —le dijeron sus amigos (tal vez con otras palabras).

El padre de Espronceda había muerto poco antes ese mismo año, porque, de no ser así, jamás le hubiera consentido a su hijo una cosa semejante.

Todo le salía a pedir de boca: se hizo guardia de corps, pero consiguió que le expulsaran por leer unas décimas en un banquete, itoda una hazaña! Cada poco tiempo lograba que le desterraran o le encarcelaran. En el año 34 tuvo una hija con Teresa Mancha y fundó el periódico *El Siglo*, con una declaración de principios romántica:

* Lord Byron (George Gordon, 1788-1824) fue el poeta romántico inglés más representativo. Estudió en Harrow y Cambridge y heredó una fortuna y un título nobiliario. Se le acusó de acostarse con su hermana, y puede que lo hiciera. En 1923 se unió a la lucha de los griegos por su independencia de los turcos. Murió al año siguiente, al parecer de un enfriamiento producido por una mojadura y agravado por las sangrías con las que los médicos trataban sus ataques epilépticos.

Opuestos a las heladas doctrinas del siglo XVIII, que, reduciendo el hombre moral a una máquina regida por leyes positivas y matemáticas, tienden a degradar la imaginación y a ridiculizar las pasiones nobles del ser humano, creemos que los sentimientos de los hombres son superiores a sus intereses, sus deseos a sus necesidades, su imaginación a la realidad.

Seguía teniendo suerte. Se las arregló para que le censuraran algo en todos los números del periódico y, al final, pudo llevar a cabo su gran ocurrencia: editarlo un día con todas las páginas censuradas en blanco. Larra escribió entonces su famoso artículo «El siglo en blanco». Llevaron a la redacción a los tribunales y Espronceda se hizo famoso de la noche a la mañana.

Con tantas sublevaciones, prisiones, destierros, incursiones armadas y pasiones repentinas por damas de rumbo o ninfas de arroyo, Pepe Espronceda apenas paraba en casa, de manera que Teresa acabó abandonándole y le dejó a la niña, Blanca. Luego Teresa murió, como era su obligación de amada romántica, y el poeta, al parecer, vio su cadáver, dicen que a través de una ventana enrejada, lo que le inspiró el *Canto a Teresa*.

Cuando Espronceda murió de difteria, a los treinta y cuatro años, era ya diputado y, de haber vivido lo suficiente, se habría vuelto una persona de orden. No le dio tiempo.

Cinco años antes de su muerte, cuando irrumpió en la oscura humedad de aquella garganta de Cuatro Caminos, llevaba encima demasiadas copas. Se subió a una mesa y recitó una poesía dedicada a los cosacos.

¡Hurra, cosacos del desierto!
Desgarraremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.

—¿Y esa majadería? —le preguntó Belinchón a Corcuera—. ¿Qué se supone que quiere decir? Menudo ornitorrinco. Aún digo más: ¿ilustra acaso al pueblo, proporciona enseñanzas o

placer estético? ¿Qué narices pintan aquí esos cosacos? Seamos serios, ¿de qué vale violentar doncellas y degollar inocentes al galope?

—Y luego empezará con las odaliscas y las orgías. Dale que te pego. Es el Romanticismo, chico.

—¿El Romanticismo? Eso no cuajará, no lo veo, no le interesa a nadie.

—A nosotras sí —protestaron las honradas costureras bebedoras.

—Mira, Esperancita, la poesía no es rimar sandeces con palabras rimbombantes —le aclaró Belinchón—. Es conocimiento, precisión, claridad.

—La poesía es Espronceda —protestó Isabel—. Misterio, indefinible esencia, temblor secreto.

Agustín Belinchón se mantuvo en sus trece: aquello no iba a funcionar. Las masas populares rechazarían de plano las jeremiadas románticas. Al tal Pepe Espronceda le importaba un comino la poesía, ¡él solo quería expresarse a sí mismo! No tenía el más mínimo interés en explicar el universo ni en ilustrar las sencillas mentes de los trabajadores. Se le daba un ardite la belleza, era pura truculencia. ¿Para eso se había sacrificado toda una generación? ¿Para que ahora llegara ese buscarruidos y se pusiera a escribir sobre piratas, orgías y reos de muerte? Ni hablar, hombre. ¿Espronceda? Él se zampaba a Espronceda con patatas.

Espronceda se había quedado dormido y las tambaleantes bebedoras se llevaron un dedo a los labios.

—Respetemos el descanso del genio —pidió Esperancita.

—Somos honradas, pero románticas por los cuatro costados —declaró Isabel.

—Amamos lo fúnebre, nos fatiga la vida, solo la nada es eterna y el único amor verdadero es el amor imposible.

—No fastidies, Esperancita, no me lo puedo explicar —se lamentó Agustín.

Él no se había enterado, pero se trataba del *mal du siècle*: cientos de jóvenes para quienes la existencia se había convertido en una carga insoportable; y el mundo, en un lugar inhóspito en el

que no tenían acomodo, como si fueran extraterrestres aterrizados a bordo de platillos volantes.

—Somos los Martínez y venimos de Marte —podrían haber dicho.

—Llebadme ante vuestro jefe —les habría pedido sin duda Mendizábal, el ministro de Hacienda, y le habrían conducido a la presencia de Espronceda, que seguía durmiendo a pierna suelta con su gloria intacta.

Nuestros dos amigos salieron de aquel tugurio con las honradas señoritas románticas colgadas del brazo.

A Belinchón le tocó en suerte Esperancita. Tendría poco más de veinte años, cabello castaño, ojos zarcos y un cuerpo cuya contemplación ató a Agustín un nudo en la garganta, como si de pronto tuviera las anginas muy inflamadas. La cara, en cambio, le hacía tiritar. Tenía las encías inflamadas y una corona de pústulas rojizas en la frente.

Tomaron asiento en un banco desocupado, mientras Ignacio Corcuera e Isabel se perdían detrás de un árbol.

—Se me puede palpar por encima de la ropa —sugirió Esperancita.

Belinchón pasó la mano por su escote.

—Empuja, corazón —recomendó la joven.

Apretó uno de aquellos abultados hemisferios contra las líneas de su destino, en la palma de la mano, y tuvo miedo de que se las borrara o las torciera.

Esperancita, a través del pantalón, cerró la mano alrededor del miembro de Agustín. Cuando este quiso darse cuenta, le había desabotonado y lo había expuesto a la intemperie. Luego lo apretó en su puño.

—¿Te escurriste ya? —preguntó Esperancita.

—No es eso. Qué va. Una pequeña emulsión involuntaria.

—Muy romántico. Como quien vuelca el alma en unos versos... ¡Pssst! —se entusiasmó la joven.

Esperancita se arrodilló a los pies de Belinchón. Agustín cerró los ojos y se puso a pensar en las tinieblas del interior de la boca de esa mujer, en el tacto de sus encías y en el cielo de su paladar.

Entonces fue cuando oyó el acento andaluz falsificado.

—¡Ozú! ¡Hojtia! ¿Qué le hace el zeñorito a mi prometía?

—Un malentendido. Eso es, un malentendido

—¿Se pué haser lo que se quiera con la mujé del obrero?

—Ni mucho menos. Acepte mis disculpas.

Esperanza, antes de separarse de él, le susurró al oído una dirección: calle Amanuel, 24, segundo piso.*

Tras la corteza del árbol apareció Corcuera, escoltado por el otro andaluz fingido.

—¡Salud! —dijo—. No sucede nada: aquí todos somos trabajadores. Queríamos hacer una donación para la Caja de Resistencia, por si hubiera que ir a la huelga. ¿A que sí, Agustín?

Asintió Belinchón, sacó la billetera y el cordobés de mentira se apoderó de ella.

—Nos ha merengao con tanta salud —se despidieron los impostores, ahora con inequívoco acento madrileño.

Desvalijados y aterrorizados por el miedo a un mortal contagio sifilítico, echaron a andar los dos amigos.

—No hay dinero mejor empleado que el que se gasta en la causa del pueblo, te lo aseguro, Tinín —se consoló Corcuera—. Con esas monedas, estos elementos trabajadores adquirirán instrucción y cultura.

—No me llames Tinín.

—Se me ha escapado.

Para reponerse, compraron dos botellas y siguieron andando y bebiendo, alejándose del muladar de Cuatro Caminos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Corcuera.

—No tengo ni córcholis.

Atravesaban un descampado rodeado de carrizales y caía una

* Según Mesonero Romanos: «En dicha calle Amanuel, al número 11, está el hospital de *mujeres incurables*, precioso establecimiento de beneficencia, fundado por la Condesa viuda de Lerena en 1803. Estuvo en diversos sitios hasta que, en 1824, fue trasladado a este edificio, que sirvió anteriormente al colegio de niñas huérfanas, fundado por Felipe V, y era conocido por el de Monterrey, a causa de haber pertenecido la casa al Conde de ese título, a quien la compró Su Majestad. Este precioso hospital sufrió considerablemente en el horroroso incendio ocurrido el día 8 de julio de 1851, en que quedaron reducidas a cenizas diez y siete casas en las cuatro manzanas que dan a dicha calle y las del Portillo, del Cristo, del Limón y del Conde-Duque».

niebla cada vez más densa, casi inverosímil, como si la hubieran fabricado de encargo para alguna novela de Walter Scott.* ¿Dónde estaban? ¿Por dónde se llegaría a la Puerta del Sol? ¿De dónde había salido un fenómeno atmosférico tan insólito?

—No se ve ni torta —constató Belinchón.

Corcuera no respondió.

Había jirones de niebla que azotaban el rostro de Belinchón como bayetas o trapos mojados. Se oyó el tañido de una campana. El suelo era pegajoso y Agustín chapoteaba como si estuviera en un tremedal, con agua hasta los tobillos.

—¿Qué estaremos pisando? —quiso saber Belinchón.

Corcuera seguía sin responder.

Se hizo la oscuridad. La campana tocaba a muerto. Agustín ya no se veía las manos ni las botas. Se oyeron, a lo lejos, ladridos.

—Parecen lobos, Ignacio, ¿a que sí?

Por tercera vez, Corcuera no dijo ni palabra.

—¡Ignacio! ¿Estás ahí, compañero? —tanteaba nervioso moviendo las manos en la oscuridad—. ¡Por tus gónadas, Ignacio, no me gusta que me des estas bromas!

Al borde de las lágrimas, admitió que le había dejado solo, encerrado en una niebla tan opaca que no le permitía ver ni la punta de sus botas ni los dedos de sus manos. Siguió andando sin rumbo y sin parar de oír aullidos. ¿Serían perros apaleados? ¿Hombres hambrientos? ¿Mujeres maltratadas? ¿Almas en pena?

En el horizonte descubrió una sombra piramidal de un tamaño inquietante, tal y como se imaginaba Agustín que debían de ser los zigurats de Mesopotamia. Pero aquello parecía de cristal y además ¿cómo no lo había visto nunca en pleno Madrid?

Tropezó con una piedra plana y decidió sentarse sobre ella. Estaba tan fría que le hizo pensar en sus dolorosas almorranas.

Oyó una voz con acento teatral y peruano que iba diciendo, como una letanía:

* El escritor escocés Walter Scott (1771-1832) es famoso por su concepción tradicionalista de la novela histórica romántica (*Rob Roy*, *Ivanhoe*, etcétera). Era cojo, como Byron, aunque a consecuencia de una polio infantil. Fue nombrado Sir (como John Lennon, sin ir más lejos).

—Parado en una piedra, desocupado, astroso, espeluznante...

—¿Quién vive? —preguntó Belinchón muy asustado.

—Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

—¿Cómo se llama usted?

—César Vallejo.

Belinchón tendió la mano e intentó tocar el bulto de aquella voz, pero el otro se apartó asustado, como si ya solo esperara recibir un puñetazo.

—Agustín Belinchón, encantado de saludarle. ¿Sabría indicarme por dónde se va a Madrid?

—César Vallejo ha muerto —confesó César Vallejo—. Le pegaban todos sin que él les haga nada.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Otro poco de calma, camarada —recomendó Vallejo—. ¿No reclamabas tú el porvenir?

Belinchón recordó su brindis con Ignacio Corcuera y sintió un escalofrío. ¿Era el señor Vallejo un espectro del porvenir? ¿Acaso le rodeaban fantasmas venidos del futuro? ¿El día de mañana había llegado hoy, en esta noche de niebla sobrenatural?

—Las personas mayores ¿a qué hora volverán? —preguntó Vallejo—. Ya está muy oscuro... No me vayan a haber dejado solo.

—Yo soy metempsicótico —reveló Belinchón—. Tengo el convencimiento de que las almas transmigran, ¿sabe usted?

Vallejo, haciendo bocina con las manos, se puso a llamar a sus hermanos muertos con voz temblorosa:

—¿Aguedita? ¿Nativa? ¿Miguel?

Y desapareció en las tinieblas, tal vez buscando niños perdidos en un bosque o en el recuerdo.

Belinchón se levantó y volvió a andar, hasta que entre la niebla distinguió a un joven haciendo volatines. Andaba con las manos, daba volteretas y hacía cabriolas, y llevaba en la cabeza una caperuza encarnada con seis o siete cascabeles. En una de sus acrobacias se cayó de culo y se quedó sentado en el suelo. Agustín oyó unas risas que se acercaban. Eran dos hombres mayores que comenzaron a pasar la gorra:

—*Pour l'artiste, s'il vous plaît. Pour l'artiste. Donnez un sou pour le jeune écrivain plein d'avenir.* La voluntad para el joven Marías, por amor de Dios.

Belinchón sintió un topetazo.

—Usted disculpe —dijo el otro, pero más bien como si le acusara de algo, con marcada antipatía.

—¿Quién es usted? —se asombró Belinchón.

—Juan Benet,* ingeniero de caminos, canales y puertos.

La niebla se atenuó lo suficiente como para que Belinchón pudiera apreciar su extraordinario aspecto. Llevaba unos pantalones mal cortados y una levita sin faldones y de un tejido a cuadros. Lo más sorprendente era su pañuelo, semejante a una cinta de mujer y con un nudo tan apretado en la garganta que parecía malévolo. Como nunca había visto a nadie vestido así, dedujo que debía de ser otro ornitorrinco.

—¿Es usted un romántico? —preguntó.

—¿Por quién me toma, mentecato? Yo soy un clásico —aseguró Benet—. ¿No sabe que yo he creado en español un *grand style*? ¿Ignora que poseo un territorio mítico, tan mítico como Yoknapatawpha? ¿Acaso no sabe que escribí una novela en un rollo de papel continuo de ochenta metros de longitud? Figúrese que, para leer aquello, tuvieron que construir mi legendario andarivel portarrollos para narrativa continua, ¿qué le parece?

Saltaba a la vista que a aquel individuo alto y con cara de pájaro le faltaba un tornillo, de modo que decidió seguirle la corriente.

—De categoría. Me parece de categoría. Aún digo más: estoy deseando leer su obra.

—Pues no se lo aconsejo, amigo mío. Yo escribo para muy pocos. En una novela mía yo «contaré solo lo que le conviene saber de la parte que a mí me conviene contar: entre ambas conve-

* Se trata de un escritor del siglo xx que llegó incluso a ser finalista del Premio Planeta en 1980. El acróbata debía de ser Javier Marías, otro escritor al que Benet y Juan García Hortelano habían amaestrado para obligarle a hacer volatines por el paseo de Recoletos. A veces lo llevaban de gira por los pueblos, con una furgoneta en la que exhibían a Rosa Montero desnuda.

niencias tal vez se quedará fuera lo más sustancial del relato —que solo conoce un tercero imaginario que ni narra ni escucha».*

—Corriente, pues no faltaba más. Así da gusto leer —afirmó Belinchón y le preguntó cómo llegar al centro de la ciudad.

—¿Es que no ve usted ahí la Puerta de Europa? —Benet señaló la misteriosa sombra piramidal.

—¿Se refiere al zigurat?

—¡Las torres KIO, zangolotino! —le espetó Benet con brusquedad, y se alejó tras añadir—: Tenga cuidado con don Benito el Garbancero. Ese es el peligro: el costumbrismo, la novelística, en pocas palabras: ila berza, la berza hervida y el pan con chocolate!

—Abur, señor de Benet.

Siguió andando y la niebla hizo desaparecer del horizonte la pirámide. Agustín oyó un ladrido apacible. Guiado por un perro lazarillo, venía hacia él un anciano alto que parecía ciego.

—¿Voy bien para Madrid? —preguntó Belinchón.

—Madrid no tiene pérdida. Y de Madrid al cielo.

—¿Ha visto al Garbancero?

—Ver, lo que se dice ver, ya no veo nada. Ni falta que me hace. La realidad es como un reloj. Lo que da la hora no son las manecillas que vemos, sino la maquinaria interior que no vemos y que es la que las hace moverse. El mecanismo interno de la realidad social, de eso tratan mis novelas.

—Así que usted también escribe. Pues estamos apañados.

—Benito Pérez Galdós, para servirle. ¿De qué garbanzos me habla usted?

—No tiene importancia, es que me acabo de encontrar a un chiflado.

—Hay muchos más fuera que dentro de Leganés** —dijo Galdós y cogió el portante.

* Juan Benet, *En la penumbra*.

** El célebre manicomio de Leganés se inauguró con el nombre de Casa de Dementes de Santa Isabel en 1851. Su degradación fue muy rápida, no tuvo abastecimiento de agua potable hasta 1912, y Eduardo Viota, que fue administrador del centro desde 1884 a 1896, llegó a escribir: «Si los mismos locos lo trazaran y los construyeran a su antojo, no lo concibieran en tan abigarrada deformidad». Las últimas palabras de *Fortunata y Jacinta*, de Galdós, las pronuncia en el interior de este

Agustín Belinchón siguió su camino en aquella niebla en la que aparecían y desaparecían escritores del porvenir desconocidos para él. Vio a Rubén Darío, muy borracho, con uniforme de diplomático y descalzo; vio a García Márquez, que gritaba: «¡Carajo, es la nieve!» y «¡Ya no mamen gallo!»; vio a Juan Carlos Onetti montado en una cama de hospital con ruedas, empujada por Antonio Muñoz Molina. Vio también a Camilo José Cela absorbiendo un litro de agua por el ano. Después el premio Nobel se comió doce huevos fritos y soltó una ventosidad atro-nadora. Vio a Luis García Montero y Almudena Grandes abrazados y cantando: «Benet y vamos todos con flores a Marías».

Entre tanta perdida gente, Agustín distinguió de pronto a un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas.

—Soy Melquíades —afirmó aquel prodigioso individuo—. * He sobrevivido a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes. Después me morí, como es costumbre, pero ahora acabo de regresar desde la muerte. Tú te preguntarás por qué. ¿Con qué finalidad he vuelto desde el más allá? En primer lugar, porque me aburría. Estar muerto es un soberano aburrimiento. Esto no se dice a menudo, no interesa que se sepa, pero es así, te lo garantizo. Hay otra razón: tengo que entregarte esto. Aquí está toda tu verdad.

Y le tendió unos voluminosos pergaminos escritos en caracteres indescifrables.

—Se lo agradezco, señor Melquíades —respondió Belinchón—. ¿No me sabría indicar el camino hacia la Puerta del Sol?

manicomio Maximiliano Rubín: «¡Se crearán estos tontos que me engañan! Esto es Leganés. Lo acepto, lo acepto y me callo en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad a lo que el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre muros mi pensamiento. Resido en las estrellas. Pongan al llamado Maximiliano Rubín en un palacio o en un muladar... lo mismo da». Así termina la mejor novela española.

* Era el mismo Melquíades que García Márquez describió en *Cien años de soledad*. En esa novela le entrega a José Arcadio Buendía unos pergaminos que permanecen en la familia, sin descifrar, durante seis generaciones.

No hubo respuesta: al hombre lúgubre se lo tragó la niebla y Agustín se quedó solo con aquellos papeles en la mano.

Como si lo tuviera delante ahora mismo, veo a Agustín Belinchón, el primero de mi sangre que aprendió a leer, andando a tientas entre la niebla, hacia el centro de la ciudad y el resto de su vida, con los pergaminos de Melquíades en la mano: esa escritura que él no sabía leer.

La controversia del ornitorrinco

«Ornitorrincos», así llamaban Tinín Belinchón y sus amigos a los románticos.

Todo empezó una mañana de 1797, cuando el doctor George Shaw abrió un paquete en su despacho del Departamento de Historia Natural del Museo Británico. Lo enviaba desde Australia el capitán John Hunter y contenía la piel de un ornitorrinco, la primera que llegó a Europa.

¿Un animal con piel de topo, patas de rana, cola de castor, pico de pato y además con dientes? En cuanto lo vio, Shaw se dio cuenta de que aquello solo podía ser un fraude. Arqueó una ceja, carraspeó y, tijeras en mano, se dispuso a descubrir las costuras disimuladas. A él no se le engañaba con tanta facilidad.

Como todos sus colegas, Shaw sabía que los taxidermistas chinos eran virtuosos de la falsificación de animales imaginarios: dragones, monstruos, basiliscos, incluso alguna que otra ave fénix. Era lo que los europeos querían, y los astutos orientales se lo iban suministrando sin escrúpulos. A estos adfesios se los conocía como *Jenny Anvers*, nombre derivado del puerto de Amberes, que centralizaba entonces el tráfico de criaturas fabulosas.

Shaw no encontró rastros de costura ni indicio alguno de falsificación. Se quedó atónito. No era otra Jenny. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué era entonces aquello? ¡Por los clavos de Cristo!

Hacía pocos años, en 1755, Linneo había establecido su Sis-

tema Natural, en el que bajo ningún concepto había sitio para semejantes extravagancias.

Los ornitorrincos, no contentos con tener pico de pato y dientes, tenían también veneno y, entre otras rarezas, no sabían volar ni andar (solo nadaban, los muy idiotas). La cuestión crucial era, por supuesto su forma de reproducción. Para general sorpresa, tenían mamas. *Ergo* eran mamíferos, es decir, vivíparos. Sí, pero también ponían huevos. *Ergo* eran ovíparos. ¿En qué quedábamos? ¿Acaso alguien estaba intentando jugar con el orden natural? ¿Sabotaje? ¿Superchería? ¿Provocación? ¿Una broma de mal gusto?

Parecía que aquellos miserables bichos hubieran estudiado a fondo a Linneo con el único propósito de burlarse de él. ¿Que el gran clasificador decía que los mamíferos eran vivíparos? Pues, venga, a poner huevos como descosidos, solo por fastidiar. ¿Que los animales con pico vuelan? Pues no se hable más, a quedarse chapoteando en el agua. ¿Que si se tiene pico no se tienen dientes? Pues dicho y hecho, a desarrollar dentaduras, y encima de leche, para más inri.

No es sorprendente que Shaw y sus colegas, al mismo tiempo que una gran curiosidad, acabaran por sentir un odio implacable hacia aquellas «malditas criaturas» (*bloody creatures*), como las llamaban en privado.

Para clasificar a los ornitorrincos, no hubo más remedio que inventar un nuevo orden: el de los monotremas. Fue entonces cuando dio comienzo la legendaria «controversia del ornitorrinco», que ocupó a los naturalistas durante casi todo el siglo XIX, hasta 1884. ¿Amamantaban a sus crías los ornitorrincos? ¿Incubaban huevos? ¿Acaso mantenían entre sí contacto sexual los monotremas? ¿Eran un abominable error de la naturaleza? ¿Constituían tal vez la prueba visible de la caprichosa voluntad del Creador y la refutación, por tanto, de las ideas racionalistas de Darwin?

Charles Darwin vio un ornitorrinco en 1836 y anotó en su diario: «Alguien que no crea en nada más allá de su razón podría sin duda exclamar que esto es el resultado de la labor de dos Dioses Creadores».

Por fin, en 1884, William Caldwell, un estudiante de doctorado que acampaba cerca del río Burnet, en el norte de Queensland, vio a una hembra de ornitorrinco poniendo un huevo. De inmediato corrió a la oficina de telégrafos más cercana para enviar un mensaje urgente a Londres:

MALDITAS CRIATURAS PONEN HUEVOS STOP SIGUE CARTA

Todos los naturalistas del planeta suspiraron aliviados. La pesadilla había terminado: los monotremas se convirtieron desde entonces en los únicos mamíferos que ponen huevos. Asunto concluido.

Algo semejante sucedió con ese Romanticismo que Agustín Belinchón no comprendía. El misterioso ornitorrinco apareció en Europa con el firme propósito de impugnar la clasificación de Linneo. Con su originalidad, su individualidad radical y su disparatada creatividad anatómica, el ornitorrinco contradecía el Sistema Natural dibujado con tiralíneas por los ilustrados. Hubo que tenderle la trampa del monotrema para incorporarlo al orden zoológico racionalista.

Como Linneo, los escritores ilustrados habían logrado consolidar un Sistema Literario blindado, en el que no había lugar para la caprichosa excentricidad de los ornitorrincos románticos.

Los jóvenes románticos no irrumpieron en la Historia de la Literatura como un elefante en una cacharrería, sino más bien como una sublevación de ornitorrincos, dispuestos a derribar la sólida arquitectura de la preceptiva neoclásica. Durante buena parte del siglo XIX, los románticos formularon una sola pregunta a los ilustrados: «¿De qué se trata, que me opongo?».

La polémica del Romanticismo se saldó como la controversia del ornitorrinco: las malditas criaturas ponían huevos, a pesar de ser mamíferos; y los jóvenes airados acabaron convertidos en clásicos con su propia preceptiva literaria, por muy románticos que fueran. Se les hizo sitio en el Sistema Literario, con una trampa parecida a la del monotrema.

Desde entonces, esta ha sido la aporía de todas las vanguar-

días: la ruptura con la tradición ya forma parte de la tradición, como explicó Octavio Paz, un escritor mexicano galardonado con varios premios literarios.*

Debajo de la mesa

¿Existiría una pluralidad de mundos habitados? ¿Transmigrarían las almas? ¿Habría contraído ayer la sífilis? Agustín Belinchón sentía las inquietudes características de cualquier muchacho de su edad. Él, sin embargo, creía en la Literatura. Creía así: con mayúsculas, a pies juntillas y con la fe del carbonero. La Literatura era la única salvación. ¿Y de qué tenía que salvarse? ¡Pues de la vida misma, caballeros! De la vida en general y, en particular, de la mesa camilla en la trastienda y de sus sedicentes padres, de esa existencia anónima, lentificada y belinchónica, sin el reconocimiento debido a sus méritos literarios.

Se había despertado a las diez de la mañana, tiritando de frío. Otra vez con heridas en los dedos, sin pañuelo, turbios los ojos. Otra vez sin dinero en los bolsillos, con dolor de cabeza, inflamadas las encías. Otra vez con sangre en las manos, amaratados los nudillos, sin botones.

Y otra vez con la misma pregunta: «¿Qué hice anoche?».

No lograba recordarlo. Veía a Espronceda roncando sobre la mesa, veía a Esperancita empuñando su masculinidad a cielo raso, veía a los falsos andaluces patibularios... ¡y ya no recordaba más!

Le inquietaban los papeles que había descubierto al pie de su cama. Estaban escritos en un alfabeto indescifrable, como si fueran un jeroglífico. ¿Qué serían esos legajos con una escritura imposible? ¿De dónde habían salido? ¿Qué lengua era aquella?

Metió los pergaminos en una caja de madera y la cerró con una llave que se colgó al cuello de una cadena.

* Entre ellos el Premio Nobel. Paz hizo famosa la paradoja de «la tradición de la ruptura». Léase, por ejemplo, *Los hijos del limo*.

Se miró las manos. Los pechos de Esperancita no le habían borrado las líneas del destino, pero las notaba diferentes, unas desviadas, otras más profundas. ¡Se las había cambiado por otras, la muy... romántica! ¿Habría corregido su destino? ¿Lo habría destruido sin piedad? ¿Lo habría pasado a limpio a su capricho?

Comprobó con un espejo que la señal salvadora seguía en su nalga derecha.

De aquel primer encuentro con el sexo opuesto no logró extraer Agustín ninguna conclusión.

Solo le quedó el recuerdo de Espronceda encima de la mesa, con los ojos cerrados, y una marcada antipatía a que le tocaran el miembro con las manos.

No podía soportarlo.

Corría el año 1837. Era el 13 de febrero y en el Madrid metetario hacía un frío esquimal. A las seis de la tarde oyó Agustín la detonación. Se asomó a la ventana. Un hombre corría cuesta arriba; dos pájaros echaron a volar hacia el oeste, atravesando nubes que se deshilachaban como los flecos de un mantón; una mujer tosió al otro lado de la pared. ¿Qué había sido? No eran horas de andar batiéndose en duelo, esas cosas se hacían al alba y en el campo del honor, que suele ser un descampado y está a las afueras, no a tiro de piedra de la Puerta del Sol.

Se calzó las botas, se encasquetó el sombrero, se puso la levita y se echó a la calle.

Esa misma noche lo oyó en los corrillos: Mariano José de Larra se había matado. El joven literato contaba veintisiete años. Se había sentado frente al espejo y se había disparado en la sien derecha a cañón tocante. La bala salió por el lado izquierdo de la cabeza, atravesó una puerta vidriera y quedó incrustada en la pared de la otra habitación. La sangre salpicó una página (la veintiocho, según parece) de un libro abierto: su *Macías*, la obra que Larra dedicó al santo patrono de los amores adúlteros.

Una hija de *Fígaro* (como se hacía llamar, además de *El pobrecito hablador*), Adela, de seis años, encontró el cadáver y se puso a gritar:

—¡Papá está debajo de la mesa! ¡Papá está debajo de la mesa!
¡Debajo de la mesa!

A las voces acudió un torero que pasaba por la calle, llamado Mirandilla.

—Murió el joven literato, calló *el pobrecito hablador* —repetían, reverenciales, los corrillos—. ¡Murió de tener razón...!

—Hoy ha muerto media España... ¡Murió de la otra media!

Agustín Belinchón tenía veinte años y seguía vivo: agotado de no tener razón.

¡Larra! ¡Menudo petimetre! Cuántas veces no se había cruzado Agustín en la calle Mayor con el joven literato, más estirado que si se hubiera tragado una escoba, embutido en chalecos de fantasía y patéticas casacas de corte francés, siempre atareado en arrugar la nariz y levantar la barbilla para mirar por encima del hombro la vida alrededor. «Escribir en Madrid es llorar», decía el pisaverde. Sí, claro, pero el muy fante había ganado el año pasado cincuenta mil reales, a trescientos por artículo.* Qué lástima tan grande le daba a Belinchón..., ¡si es que se le saltaban las lágrimas! Y el muy caradura publicaba en todos los periódicos, cada vez que le daba la gana. ¿Qué sabría el gabacho lo que era llorar de verdad, morderse los puños, atragantarse de envidia y seguir adelante sin caer en la tentación, sin atajos, sin recurrir a la ley del mínimo esfuerzo, es decir, sin pegarse un tiro frente al espejo?

Esa noche, Belinchón revolvió múltiples y acalorados pensamientos en su fuero interno y se figuró en su imaginación sus obras completas: resmas de papel garrapateado con tinta indeleble y obcecada, cuartetos inmortales sobre las que no se había posado todavía ningún ojo humano, la baba del caracol que iba dejando tras de sí en su tortuoso arrastrarse hacia el Parnaso.

En cambio, Larra, *el pobrecito hablador*, se había dado pasaporte a la gloria de un solo disparo, en su propio domicilio de la

* Larra fue sin duda el periodista mejor pagado de su tiempo y, según cálculos de Alfredo Amestoy, quizá de todos los tiempos. El año antes de su muerte ganó cincuenta mil reales, el equivalente a unos cien mil euros de ahora.

calle Santa Clara, número 3, segundo piso: una casa de doscientos metros que estrenó él.

Mientras tanto, ahí seguía Agustín Belinchón, con su inconclusa *Oda a los beneficios de la agricultura*.

Era ahora o nunca.

Pasó la noche en vela, aferrado a la péndola como un náufrago a su tablón.

Si abría la ventana, oía elogios del aborrecido *pobrecito hablador*. Nadie recordaba ya que era hijo de un afrancesado, un traïdor, un médico del ejército de Napoleón. Él mismo era francés perdido: tuvo que aprender el español cuando su padre volvió del exilio. ¿Y su vida privada? Un escándalo. A los veinte años se casó pronto y mal con María Josefa Wetoret, a la que él llamaba «mi difunta» y sus propios hijos llamaban Pepita. Y desde el día de su boda no había parado de mancillar la institución matrimonial con todas las faldas que se le ponían por delante. Y por partida doble, ya que, no contento con adúlterar él, se lió con una casada, Dolores Armijo, señora de Cambronero. Las últimas líneas que se conservan de la mano de Larra están dirigidas a ella y dicen:

He recibido tu carta. Gracias por todo. Me parece que si pudiesen ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche hablaríamos y acaso sería posible convenirnos. En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir la calumnia y la infamia. Tuyo.

Y fueron su amiga y ella. Hay vecinos que oyeron los gritos. Al parecer, Dolores Armijo solo quería recuperar sus cartas. Le abandonaba para seguir a su marido, que acababa de ser nombrado secretario de la Capitanía General de Filipinas.

Según bajaba Dolores la escalera, empuñaba Larra la pistola.

Al entierro del joven literato, el día 15, iba a acudir «el todo Madrid».

El cortejo salió a las cuatro de la tarde hacia el cementerio de Fuencarral (cerca de donde hoy está la glorieta de Quevedo). Tardaron una hora en llegar.